

patrem), hablando de los poetas, cuando trata de Licofron, que fué quien en griego enseñó esta seta, dice :

Carmina Balliadae latebrasque Lycophronis atri;
.....escondrijos del ennegrecido Licofron.

No se pudieron estudiar palabras de mayor oprobio. *Latebras atri*, «Escondrijos del denegrado Licofron;» y Licofron aun tuvo disculpa, pues escribió un vaticinio, que llama *Alexandra*. Que la palabra *ater* es «condenada» en el estilo de los poetas, consta de Horacio en la *Arte poética* :

Vir bonus et prudens versus reprehendit inertes;
Culpabit duros; incomptis allinet atrum
Transverso calamo signum; ambitiosa recidet
Ornamenta; parum claris lucem dare coget.

Tradúcelos con elegancia el docto y ingenioso Vicente Espinel en sus *Rimas* :

El varon bueno y de prudente pecho
Los versos duros libremente culpa,
Los que carecen de arte reprehende;
A los mal adornados, con la pluma
Una negra señal los pone encima;
La demasia de ornamento corta;
Los poco claros manda que se aclaren.

De suerte que no solo es reprehensible escribir oscuro, sino poco claro. No le perdonó esta reprehension al poeta oscuro, en la *Alexandra*, Falereo cuando dijo: *Dictione iniqua. Aristoteles ait, frigidum quatuor modis fieri, s: quando utimur peregrino, et obscuro vocabulo, ut Lycophron, Xeraxem, Pelorium hominem;* «Con dición reprobada. Aristóteles dice que la frialdad de cuatro maneras se escribe, conviene á saber: cuando usamos de vocablo peregrino y obscuro, como Licofron hablando de Jérges, hombre Pelorio.» Súplese esto en Falereo, del tercer libro de la *Retórica* de Aristóteles; adonde irán por defensa los que escribiendo hoy de galantería á una aficion amorosa, escriben estos escondrijos denegridos (a), cuando Propercio los reprehende, lib. i, elegía 9, con tan ingeniosos gritos:

Quid tibi nunc misero prodest grave dicere carmen,
Aut Amphioniae moenia flere lyrae?
Plus in Amore valet Mimnermi versus Homero,
Carmina mansuetis lenia quaerit Amor.
I, quae, et tristes istos depono libellos:
Et cane quod quaevis nosse puella velit.

Yo con alguna licencia lo imité en estos versos, que pueden pasar por traduccion :

¿De qué te sirven, di, los versos graves,
Ni de Tébas llorar los fuertes muros,
De Troya el fuego, ni los hechos duros
Que los griegos hicieron en las naves?
Más en amor Mimnermo blando agrada
Que docto y grande el sin igual Homero:
Condena blando amor el verso fiero,
Y dios desnudo pluma ensangrentada.
Deja pues de llorar la muerte fiera
Que á Turno quiso dar el hado adverso;
Y escribe en blando y dulce y fácil verso
Cosas que cualquier niña entender pueda (b).

El arte es acomodar la locucion al sujeto. Todo lo dijo Petronio Arbitro mejor que todos; oiga vuestra excelencia sin prolijidad la arte poética en dos renglones:

(a) Recuerde la nota (a) de la pág. 482 de nuestro tomo i.
(b) Descuido del poeta, consonar pueda con fiera.

Effugiendum est ab omni verborum (ut ita dicam)
vilitate; et sumendae voces à plebe summotae, ut fiat

Odi profanum vulgus, et arceo;

«Hase de huir de toda la vileza de los vocablos, y hanse de escoger las voces apartadas de la plebe, porque se pueda decir: Aborrecí el vulgo profano.» Mas débese juntar esto con lo que dijo al principio de su libro (que más parece, segun viene á propósito, fingido que citado; él dice con quienes habla): *Pace vestra liceat dixisse, primi omnium eloquentiam perdidistis. Levibus enim, atque inanibus sonis ludibria quaedam excitando, effecistis ut corpus orationis enervaretur, et caderet. Nondum umbraticus doctor ingenia deleverat... Grandis, et ut ita dicam, pudica oratio non est maculosa, nec turgida; sed naturali pulchritudine exurgit. Nuper ventosa isthaec et enormis loquacitas Athenas ex Asia commigravit; animosque juvenum ad magna surgentes, veluti pestilenti quodam sidere adflavit, ac ne carmen quidem sani coloris enituit;* «Séame lícito decir, con vuestra licencia, que sois los primeros que echaron á perder toda la elocuencia; y componiendo cosas ridiculas con vanos y leves sonos, hicistes que el cuerpo de la oracion desmayado cayese. Aun no habia el doctor oscuro y sombrío borrado los ingenios... La grande y decorosa oracion no es monstruosa y hinchada, antes se endereza con natural hermosura. Poco há que esta enorme y fanfarrona parlería de Asia vino á Aténas; y los ánimos de los mancebos que se alentaban á grandes impresas los hirió de contagio á manera de pestilencial constelacion, y de verdad ni un verso se vió de buen color.» Siempre las razones de Petronio en otra pluma echaran menos sus palabras; mas si bien yo las desaliño con mi version, no las he borrado las señas que da del doctor umbrático, de la parlería fanfarrona y del verso de mal color.

Ni sé qué codicia ú qué gloria mueve á los charlatanes de mezclas, y á los que escriben taracea de razonar prosa espuria y voces advenedizas y desconocidas, de tal suerte que una cláusula no se entiende con la otra. No tiene mucha edad este delirio, que pocos años há que algunos hipócritas de nominativos empezaron á salpicar de latines nuestra habla que, gastando de su caudal, enriqueció á Europa con tan esclarecidos escritores en prosa y en versos; y hoy duran de aquel tiempo muchos que sirven de antidoto con sus obras á la edad, preservándola de la inundacion de jerigonzas; y otros que hoy florecen con admiracion de las naciones. Sabrosamente y con sazón bien elegante lo dijo Antifanes, hablando de Filogeno, en sus fragmentos: *Longe sane, est suprapoeta omnes Philogenus. Primum enim nominibus propriis, et communibus utitur ubique; deinde modorum, et cantuum variationibus et chromatis, ut probè Deus in hominibus temperavit; erat peritus ille, et verè musicam tenebat. Qui verò nunc sunt poetae, hederaceos, fontanos et floridos cantus ac numeros vanis nominibus implicantes, edunt alienos modos: utrum cum dicturus sit ollam, dicam torni purgamentum fabrefactum, in alieno matris assatum tecto? an novelli verò gregis in se coagulalactimutria subjungit corpora irretientem? Dic boni scilicet, et necabis me: si mihi notis verbis et planè dicas, carniurum ollam, benedices;* «Con muchas ventajas es mejor poeta

que todos los demás Filoxeno. Lo primero, usa de nombres propios y comunes en cualquiera parte; demás desto, usa de diferentes modos y variedades de cantos y tonos, como Dios elegantemente ordenó en los hombres; era doctísimo, y sabia con eminencia la música. Mas los poetas que se usan, enyedrados, fontanos y floridos, que revuelven los cantos y los números con nombres vanos,—estos sacan composiciones desconocidas: por ventura queriendo decir olla, ¿será bien decir del torno purgamento labrado, hecho de la tierra, cocido en ajeno techo de la madre; ó los cuerpos del tierno ganado que juntan en sí los coágulos que apremian mezclados los lactinutrios? Por ventura acabarías conmigo si dijese con palabras conocidas y claramente: carne en la olla; que era hablar bien.» Lugar es ajustado y que dice lo uno y lo otro. Cansóse deste lenguaje broma el sumamente elegante Aristófanes, en la comedia intitulada *Ranas*, que hasta el título de la comedia se apropia al estilo que hace ruido desapacible y no se entiende, y es, por lo oscuro y turbio, música del cieno. Acto 4, scena 2: *Omnino igitur decet utiliter nos loqui, Euripides. An ergo licetobos et parnasos cum tu memoras, hoc sit bona et aequa dicere, quem humanè loqui convenit?* «De todas maneras, conviene hablar bien con utilidad, Eurípides. Por ventura, cuando tú dices licetobos y parnasos ¿es hablar bien y ajustadamente, cuando conviene hablar como humano?»

Excelentísimo señor, hablar como humano llamaban la habla decente y propia á lo que se escribía; así Petronio se burló del poeta: *Saepeus poeticè, quam humanè locutus es;* «Mas veces has hablado como poeta que como humano.» Gravemente afrenta estos fanfarrones de voces Epiteto (*apud Arrianum, lib. Dissertationum*) con tales palabras: *Scholasticum esse animal quod ab omnibus irridetur;* «El culto es animal de quien todos se rien.» No es achaque de mi malicia traducir la palabra escolástico culto: véase lo que dice Rittershusio sobre Salviano en esta propia palabra y sentencia.

De todo esto se asegura quien ama la propiedad y la luz, y la escribe y las razona. Severo censor es Quintiliano, y en el libro viii de sus *Instituciones*, cap. iii, alaba en Virgilio lo que un mal culto usurpador deste buen renombre arrojara por bajo y asqueroso. Virgilio en la *Geórgica*, lib. iv. *Saepe exiguus mus;* «Muchas veces el pequeño raton.» Pondera el severo Fábio: *Nam epithelon exiguus, aptum proprium efficit, ne plus expectaremus; et casus singularis magis decuit, et clausula ipsa unius syllabae non usitata addit gratiam. Imitatus est utrumque Horatius: Nascetur ridiculus mus;* «Porque el epiteto pequeño, acomodado y propio, previene para que no esperemos más, y el caso singular fué más conveniente, y la cláusula de una sílaba añadió gracia. Las dos cosas imitó Horacio: Nacerá el ridiculo raton.»

Diferentes cosas estima Quintiliano que los supersticiosos y legos. En estas cosas se debe imitar á los poetas, no en los achaques que no pudieron excusar por la ley del ritmo: como las transposiciones latinas, que introdujo la posicion de vocales mudas ú líquidas, no el estudio, sino las breves ó largas; como se ve:

Inde toro pater Aeneas sic orsus ab alto;
Desde el asiento padre Enéas así hablo alto.

Más ridícula cosa es que el raton de Horacio, imitar

esto, donde no hay la propia condicion de ritmo. Y aun desta mala invencion no han sido autores los que presumen de serlo; que ya habia escritose esta demasia en España, como se lee en muchas partes del *Cancionero general* más antiguo, en Boscan y Garcí-Laso. Alguna vez Francisco de Figueroa dijo:

Estos y bien serán pasos contados.

El capitán Francisco de Aldana, doctísimo español, elegantísimo poeta, valiente y famoso soldado en muerte y en vida, dijo:

Tantas le viste flores, que parece.

Léese en Soto Varahona y en don Alonso de Ercila.

En los griegos, por ser las voces de muchas vocales hubo otra necesidad más frecuente que las transposiciones latinas para medir los versos, y fué el partir las voces en el principio de uno y en el fin del otro. Pindarus *Olympia* i.

αὐτὸς τις ἔλπεται τι λαβέ-
μεν ἔρδων, ἀμαρτάνει.

Vir aliquis desiderat quidpiam late-
re faciens, fallitur.

En español se escribiría así:

Si algun varon desea
Que alguna cosa que hizo no se sepa,
engañase sin duda.

Y en la primera de los *Pitios*:

Χροσα φόρμηξ, Απόλλω-
νος.

Aurea cithara Apollinis.

Y así muchas veces en cada plana, cosa que disuena y bien áspera al oído y á la vista. Y con todo eso Horacio lo imitó una vez, como se ve en sus obras (*Carminum* libro iv, ode n):

Pindarum quisquis studet aemulari, I-
ule, ceratis ope Daedala;

y pocos ringlones más abajo lo hizo otra vez: aquí trataba de que Pindaro era inimitable, y parece ingenio mostrarlo con la imitacion que hace dél en esta parte, que él frecuentó tanto, de partir las voces. Sin esta necesidad lo hizo Horacio en el libro i *Carminum*, ode n:

Labitur (ripa Jove non probante) U-
xorius annis.

Y no faltó quien imitase esto. El capitán Francisco de Aldana en unas estancias, reprehendiendo la codicia, dice:

Aguja, corre, vé, camina, permaneciendo triste. Etc.

Y nuestro autor el doctísimo fray Luis de Leon, en la traduccion que hizo de la nave de Horacio, cuando juzgó las traducciones de Francisco de Espinosa, de Francisco Sanchez de las Brozas y de Juan de Almeida. Es tal la tercera estancia:

No tienes vela sana,
No dioses á quien llares en tu amparó,
Aunque te precies vanamente de tu linaje noble y claro,

Y seas, noble pino,
Hijo de pino noble en el Euxino.

Es de advertir que esto no lo hicieron por elegante ni agradable; hicieronlo por la fuerza del consonante, que era *vana*, y no *mente*.

De buena gana lloro la satisfaccion con que se llaman hoy algunos *cultos*, siendo temerarios y monstruosos; osando decir que hoy se sabe hablar la lengua castellana, cuando no se sabe dónde se habla, y en las conversaciones aun de los legos tal algarabía se usa, que parece junta de diferentes naciones, y dicen que la enriquecen los que la confunden.

Excelentísimo Señor, en mi poder tengo un libro grande del infante don Enrique de Villena, manuscrito, digno de grande estimacion; infante á quien la ignorancia popular ha vuelto el túbulo de piedra que tiene su cuerpo en San Francisco desta corte, en redoma. Entre otras obras suyas de grande utilidad y elegancia, hay una de la *Gaya ciencia*, que es la arte de escribir versos: doctrina y trabajo digno de admiracion, por ver con cuánto cuidado en aquel tiempo se estudiaba la lengua castellana, y el rigor y diligencia con que se pulian las palabras y se facilitaba la pronunciacion, cuando por mal acompañadas vocales sonaban ásperas ú eran equívocas ú dejativas á la lengua ó al número, añadiendo y quitando letras; estudio de que no hay en otro libro noticia, y que sin ella mal se puede dar razon de las voces tan afectuosas de *Las Partidas*.

Hoy, Señor, por no decir lo que sin asco ni escrúpulo es licito, hay algunos que dicen lo que es torpe y abominable; Quintiliano lo enseña: *Obscena vitabimus et sordida et humilia*. Yen el propio libro viii, cap. 2, acusa á estos que ni saben dejar ni escoger: *Nec video quare clarus orator duratos muria pisces, nitidius esse crediderit, quam ipsum id quod vitabat*; «Ni veo por qué el claro orador creyó era mejor decir los peces con la muria, que lo mismo que queria decir.» Sea ejemplo, si en España alguno, por excusar la voz *cabrito*, que es decente, y no es sucia ni vil ni deshonesta, dijese *cuerno*; que es todo esto junto con ignominia, y de mala composicion de letras.

No tienen en nuestra España, en los grandes y famosos escritores de aquel tiempo, comparacion las obras de fray Luis de Leon, ni en lo sério y útil de los intentos, ni en la dialéctica de los discursos, ni en la pureza de la lengua, ni en la majestad de la diction, ni en la facilidad de los números; ni en la claridad, virtud de quien hago tres diferencias: esta es su nomenclatura, *ἀριότης, εὐκρίβεια, ἐνάργεια*.

Encarécela con tales palabras Antonio Lullo, lib. vi *De oratione*, cap. 2: *Ac de claritate quidem principio dicendum videtur: quae prima semper et maxima virtus existimata est orationis. Hanc alii puritate et castimonia quadam dictionis assequuntur, alii explanatione seu distinctione et elegantia; alii demum evi-*

dentia, et subiectione eorum ab oculis quae dicuntur; «Lo primero dirémos de la claridad, que siempre es la primera y la mayor virtud de la oracion. Esta, unos la alcanzan con cierta pureza y castidad de las dicciones, otros con la explicacion, distincion y elegancia; otros, finalmente, con la evidencia, y poniendo delante de los ojos lo que dicen.» Por eso, siendo vulgar sentimiento, dijo Virgilio en el iv de la *Eneida*:

I, sequere Italiam ventis.
Vé, y sigue á Italia.

Y en otra parte:

Quos ego... Sed motos praestat;
A quien yo... Mas conviene por ahora.

Y al fin:

Hactenus Acca soror, potui.

Y por representar delante de los ojos lo que decía, no excusó la menudencia en Palinuro:

Madida cum veste gravatum;
Cargado con mojada vestidura;

y en Dido:

Ter sese ad tollens cubitoque adnix levavit;
Ter revoluta toro est.
Tres veces afirmándose en el codo
Procuró levantarse.

Y el repetir *sese*, «así, así,» es poner delante de los ojos las acciones.

Largo ha sido mi discurso, y con todo no llega á medirse con la raíz que ha echado esta zizaña de nuestra habla. No hago cargo á la grandeza de vuestra excelencia, de que por eleccion mia le dedico escritos de tanto precio, Señor; antes ha sido necesidad forzada, porque no conozco otro que con tal afecto y estimacion haya admitido autores desta nota, ni quien deje de molestar la atencion ajena, hablando ó escribiendo, con estas demasias mendigadas, si no es vuestra excelencia.

Estas obras se dividen en propias, y estas en morales ó espirituales. Las ajenas, en traducciones de Horacio, Pindaro, Virgilio, Petrarca, Monseñor de la Casa, que es la parte segunda. La tercera, en perfrasis de psalmos y cánticos, y capítulos de *Job* y de los *Proverbios*. Tan decente volúmen obligacion fué darle á vuestra excelencia, que con solo recibirle aniquilará la licencia en escribir; pues moderando esta desórden sabrosa, y acogiendo obras como estas (todas de virtud, y todas verdaderamente doctas), la esclarecida memoria de vuestra excelencia tendrá pública aclamacion; y el estilo descaminado y extraño, castigo autorizado y eficaz, que en los que hallare vergüenza dejará enmienda.

Dé Dios á vuestra excelencia su gracia y larga vida, con buena salud, y le defienda de todo mal. En Madrid, 21 de julio de 1629.—Excelentísimo Señor.—Besa á vuecelencia la mano—Don Francisco de Quevedo Villegas.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR RAMIRO FELIPE DE GUZMAN, DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES, MARQUÉS DE TORAL, ETC. DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, CABALLERO DE LA ORDEN DE SANTIAGO. (a)

Las obras de Francisco de la Torre, que por tantos años ha ocultado con malicia algun ingenio mendigo (de los que, siendo hipócritas de estudios, piden á la invidia y al trabajo ajeno lo que natura-

(a) Obsequió nuestro autor, en el verano de 1629, al yerno del favorito de Felipe IV, dedicándole el precioso libro que se retula *Obras del bachiller Francisco de la Torre*, sacado á luz en Madrid, imprenta del Reino, año de 1631.

Recuérdese lo que he dicho ya con ocasion de esta dedicatoria, á las páginas Lxvii y 215 del tomo I.

En el último, juntas con las *Musas* de Quevedo, irán los excelentes versos del mal llamado bachiller de la Torre.

Ahora me apresuro á estampar algunas conjeturas y noticias, para que fatigando en ellas los eruditos y bibliófilos, completen la averiguacion de quién fué tan culto y galano poeta, infelicísimo en vida, al decir suyo, y más infortunado todavía despues de muerto, euando en tela de juicio se le ponen los dulces hijos de su ingenio soberano. Hélas aquí:

Nació en pueblo de la ribera del Jarama, quizá Torrelaguna, de donde, segun costumbre de su edad, pudo tomar el apellido. No fué bachiller, título que por error hubo de atribuirle Quevedo.

Pasó de soldado á Italia; y por el emperador Carlos V y su hijo Felipe II, de guarnicion á fortalezas situadas orillas del Po y del Tesino, Pavia quizá ó muy inmediato sin duda.

No está fuera de ella si antes ó despues (aunque me inclino á lo primero) se detuvo larga temporada en aldeas de la cuenca del Tajo, puestos los ojos y todo el corazon en una hermosa dama, alto imposible ó por su estado ó por su alcurnia, origen de los tormentos, persecuciones é infortunios que en sus versos lamenta. Pero ni las amenas campiñas del Milanésado le hacian olvidar de su amada ausente, ni menos de los caros rios de su patria, desatándose el estro y la memoria, para recordar uno y otro, en melancólicas endechas.

Dotado de corazon ardiente y sensible, muestra en sus composiciones amor con iguales quilates á sujetos distintos, á quienes encarece su pasion bajo seudónimos diversos. ¿Pudo ser artificio esto para alejar toda sospecha? Quien en su primera aficion parece tan constante y memorioso, ha de cifrar su cariño en una sola mujer únicamente.

Consta de sus poesías que esta señora habitaba el mismo ú otro no muy lejano pueblo del de donde era natural Francisco de la Torre, y que solia residir á veces en Toledo, á la sazón corte imperial de España.

Vióse á toda hora combatido de enemiga suerte, y necesitado á morar casi siempre en aldeas ó solitarias cortijadas, á gran distancia de las ciudades y del dueño de sus pensamientos, acaso en el desempeño de algun empleo ó cargo militar. Con ello la soledad le encendia su pasion, aguzando el platonismo exquisitamente pulcro que profesaba; y por tan selvática tristeza apodábase ya Montano, ya Palemon, ya Amintas, exhalando tientos y enamorados suspiros en las arboledas que había el Tessino y el Po, el Tajo, el Duero y el Jarama, que repetian el nombre de Dáfnis y el carísimo de la toledana Filis.

Es creible pereció la dama violentamente, caso infeliz, que llo- ra el poeta en una de sus canciones más hermosas.

Enemigo yo de juicios anticipados, sin embargo, no ceso de batallar con la aprension de ver en el Damon de sus églogas é idilios al famoso Pedro Lainez, que falleció de pagador, siguiendo la corte de Valladolid, año de 1605; y sobre todo, en el árcaico Tirsi á Francisco de Figueroa, natural de Alcalá de Henares, donde nació por los años de 1540, para ornamento y lauro de las musas españolas. Estuvo Figueroa tambien en Italia, y allí tomando ora la pluma, ora la espada, y señalándose en todo género de erudicion y amena literatura, pudo adquirir aquella suavidad de expresiones, fluidez, amenidad y pureza de estilo, y sonoras y elegantes frases, con que significaba la admirable dulzura de sus

leza y la arte negaron al suyo), doy al nombre de vuestra excelencia; y es razon, que pues en aquel robo padeció lo que no merecia, en esta proteccion adquiera lo que más podia desear. Justo es que vuestra

afectos. Milite en la escuela de Garcilaso, imitando, copiando y compitiendo el buen gusto de la antigüedad griega y romana, supo sacar provecho de los viajes y marciales excursiones, para levantar á su mayor altura las letras de su patria, trayéndole, al volver, los sazoadísimos frutos de su aplicacion é ingenio. De asiento en el suelo natal, obsequiado de los sábios maestros complutenses y recibiendo incansantes aplausos de sus compatriotas, procedió con tal recato respecto de las circunstancias de su vida, que nadie le pudo jamás oír la menor de ellas. Sus versos, y aun su memoria tal vez, hubieran perecido, á no venir afortunadamente los borradores á poder del señor de Pozuelo, y despues al del cronista Luis Tribaldos de Toledo, que en Lisboa los dió á la estampa, año de 1626, tres antes que intentase hacer lo mismo Quevedo con los de Francisco de la Torre, que les son tan parecidos en asunto, indole, forma y hasta en la de pasar al dominio de la prensa. ¿Harian camarada ambos españoles en los estados italianos, confrontando en profesion, inclinaciones, estudios y gustos, corriendo una misma fortuna en sus amores? Uno y otro celebran las orillas del Jarama y Tajo, uno y otro á Filis y Dáfnis, uno y otro se jactan del amistoso afecto de Damon; suspiran ausentes, desdenados ó mal correspondidos.

El ignorado vate bija que vivia en tiempo de insignes empresas guerreras (tal vez las de San Quintín y Gravelinas), y califique de glorioso, pero no de apetecido; y de aqui sospecho que hubo de florecer para las musas por los años de 1565.

En sus obras, fuera de las imitaciones de la antigüedad pagana, carácter especial del renacimiento literario y artistico en el siglo xvi, las hay muy determinadas del italiano Varchi y de Garcilaso. Y si no son casuales coincidencias, fueron imitados ó imitadores del buen Francisco de la Torre, fray Luis de Leon, Herrera, el Camoens, y; cosa peregrina! el propio Miguel de Cervantes Saavedra.

Quizá cuando por aventura hubo de residir Francisco de la Torre en la provincia de Salamanca, viejo y á mi ver sacerdote, por lo que mostraba escandalizado su ánimo de las mismas poesías que en el frenesí de su mocedad habia compuesto, vinieron estas á manos del ilustre caballero lusitano don Juan de Almeida, de quien fué ayo el famoso Pedro Chacon. Apreciólas como oro purísimo tan discreto caballero, quiso comunicarlás con el Brocense, catedrático de retórica en aquel emporio de las letras humanas y divinas; y del voto de Francisco Sanchez pudo nacer el disponerlas para la estampa. Ello es, que con la aprobacion de don Alonso de Ercilla, tal vez en Italia amigo y camarada del poeta, y juntamente con las licencias del Consejo y del Ordinario, halló Quevedo el manuscrito en tiempo y lugar donde no habia del autor noticia alguna. Al fin del original hubo de juntar el hidalgo Almeida traducciones de Horacio y del Petrarca que le facilitó el mismo maestro Sanchez Brocense (de su puño existen hoy en la biblioteca particular de nuestra Reina), otras propias suyas, y alguna de Alonso de Espinosa y de fray Luis de Leon; todos generosos varones contemporáneos.

Pero, ¿quién fué don Juan de Almeida? El señor de Couto de Avintes, hijo de don Francisco, capitán general de Tánger, del consejo de Felipe II. Tuvo inclinacion natural á la poesia, y por su amor al estudio y por la claridad de su ingenio el renombre de el *Sábio*. Dejó manuscritas varias obras, y su mérito hizo que Jacinto Cordeiro (*Egloga de los poetas lusitanos*, estancia 2.ª) colocase al autor entre los más insignes vates de Portugal:

«Muerto don Juan de Almeida, cuya gloria
Entre su muerte luz más respandee,
Lágrimas frecuentandola memoria.
A su túbulo illustre el lauro ofrece.
¿Quién, prosiguiendo su infelice historia,

excelencia con su grandeza desquite á tan esclarecido y docto escritor los borrones, con que cegó su nombre quien osó cargar su talento de obras tales, que ya que no decían el dueño, le mostraban ladrón, y no poeta.

Hallé estos poemas, por buena dicha mia y para grande gloria de España, en poder de un librero, que me las vendió con desprecio. Estaban aprobadas por don Alonso de Ercila, y rubricadas del Consejo para la imprenta, y en cinco partes borrado el nombre del autor, con tanto cuidado, que se añadió humo á la tinta.

Mas los propios borrones (entonces piadosos) con las señas hablaron el nombre de Francisco de la Torre, autor tan antiguo, que me advirtió el conde de Añover, caballero de ingenio grande, asistido de estudio

Parca, de tu rigor no se enterece,
Si en tanto sentimiento el llanto ordena
Dejar la pluma por llorar la pena?

(Barbosa, *Biblioteca lusitana*, tom. II, pág. 581.)

Almeida alcanzó los tres ó cuatro primeros años del siglo XVII, y ya debía de haber algunos que habia dejado de existir Francisco de la Torre.

Parece que hácia los de 1594, hallándose el monstruo de la naturaleza, Lope de Vega, sirviendo la plaza de secretario del duque de Alba, en la capital de sus estados, recorriendo los pueblecillos que bañan el Tormes y el Duero, conoció en alguno al insigne poeta; apreció su ingenio saxonadísimo; y treinta y seis años después, no olvidando su memoria, la vino á cantar en el *Laurel de Apolo*, con el yerro, dicen, de imaginar que antes que él le habia ya elogiado Garcilaso. Y ¿quién sabe si en efecto se conocieron en Italia, y este ponderó el ingenio de aquel, tan conforme al suyo, en alguna canción que se ha perdido? Dijo Lope en 1630:

«Humillense las cumbres del Parnaso
Al divino Francisco de la Torre,
Celebrado del mismo Garcilaso,
A cuyo lado dignamente corre;
Mas ya febo socorre
Su lira, que llevaba como á Orfeo,
La suya el Estrimón, esta el Leteo;
Porque puedan las musas castellanias
Salir hermosas sin teñir las canas.»

Quando sacó á luz tan precioso libro QUEVEDO, por carecer de estas noticias, y llevarle un exceso de consideración á deferir á las opiniones del conde de Añover (que ni llenaban ni podían llenar de convencimiento su buen juicio), mostróse favorable á la especie de que Francisco de la Torre era el bachiller encomiado de Boscan. Vino pues, ¡indisculpable ligereza! á confundirle con el buen Alfonso de la Torre, autor de la *Vision deleitable*, que fué coetáneo de Juan de Mena, Juan Rodríguez del Padrón, Garcilaso de Badajoz, Luis de Vivero y demás trovadores famosos en la corte de Juan II de Castilla.

Por este gravísimo yerro, y por haber negado el crédito al irrecusable testimonio de Lope, dos años después de muerto el fénix de los ingenios españoles, y seis de publicadas tan elegantes poesías, vió QUEVEDO mortificado su amor propio con una acerba censura de Manuel de Faria y Sousa, caballero de la casa real, en su comentario á las *Lusiadas* de Luis de Camoens, príncipe de los poetas de España.

Pero ni entonces ni en un siglo después, amigos y adversarios, biógrafos y apologistas, verdugos y detractores del señor de Juan Abad, nadie puso lenguas en que tales versos fuesen de poeta mucho más antiguo que el editor, ni en que este hubiese prestado á las letras mayor servicio que el mismo que deben por las rimas de Figueroa á Luis Tribaldos de Toledo.

Sin embargo, en 1755, un hombre de mérito indisputable (don Luis José Velazquez) sostuvo ser QUEVEDO el verdadero autor de aquellas excelentes obras. Recordó sin paridad de causa el ejemplar del dominicano fray Jerónimo Bermúdez, cuyas tragedias se publicaron con nombre fingido de Antonio de Silva, y la travesura de Lope, rebozado en el disfraz de Burguillos: como sien el primer caso no fuera el seudónimo necesario por el hábito religioso del poeta; y en el segundo, para que las bizarrías de *La Gatomaquia* y los galanteos á la señora Juana no causasen escándalo, au-

verdadero y modesto, que hacia dél mencion Boscan en las Estancias:

En el umbroso y lúcido oriente;

donde, entre los grandes poetas que celebra, dice:

Y el Bachiller que llaman de la Torre (a),

ponderando la grandeza de su estilo, y lo magnífico de la dición en sus versos. Antigüedad á que se pone duda el propio razonar suyo, tan bien pulido con la mejor lima destos tiempos, que parece está floreciendo hoy entre las espinas de los que martirizan nuestra habla, confundiendo; y al lado de los que la escriben propia, y la confiesan rica por sí, en competencia de la griega y latina, que soberbias la daban de mala gana limosna en las plumas de escritores pordioseros, que piden para ella lo que la sobra para otras (b).

torizados por un varón septuagenario y sacerdote. Pensó avalar sus imaginaciones con tal cual fácil analogía en poemas de uno y otro, cuando en su indole desemejan como el día y la noche, lo negro y lo blanco, una bizarrísima dama de veinticinco alfileres, y una mocetona del bureo, con pañolón de seda medio caído, arrastrando por barrizales. Y olvidó algun verso entero de Francisco de la Torre, incrustado en un soneto del editor; y que cierta égloga de aquel, y la canción del pastor Crisóstomo, de Miguel de Cervantes, parecen una misma.

Luzán, Montiano y Luyando, Lopez Sedano, Puibusque, Ticknor y varios criticos propios y extraños aceptaron por moneda corriente la ingeniosa cavilación del marqués de Valdeflores. Parécenos que de no haber publicado nuestro editor la aprobación de Ercilla y la licencia del Consejo, se infiere ser todo ficción é impostura. Que no existió semejante Francisco de la Torre, cuando no lo nombran ni don Luis Zapata en el canto xxxviii de su *Carlo famoso*; ni Gregorio Hernandez de Velasco en *El parto de la Virgen*; Juan de la Cueva en su *Ejemplar poético*; Cristóbal de Mesa al fin de *La restauración de España*; Gil Polo en el *Canto del Turia*; Vicente Espinel en *La casa de la Memoria*; ni Cervantes en el *Canto de Caliope* y en el *Viaje del Parnaso*; á pesar de que le cita Lope en el *Laurel de Apolo*; y de que *habent sua fata libelli*. No hallan rastros en las poesías de la Torre para adivinar algunas circunstancias de su vida, ni tampoco en documentos de los siglos XVII y XVIII. Y entienden que rebozándose QUEVEDO con un seudónimo discreto, mostraba ser tales versos parto de su mocedad, cuyos extravíos y desórdenes amorosos no queria dejar autorizados á los tiempos futuros con su nombre!...

Si por ventura se me preguntase mi opinión acerca de semejantes asertos, manifestaría enteramente la contraria.

(a) Hélas aquí (habla de la pasión amorosa, por quien han sido inmortales los poetas):

Y (por pasar al nuestro castellano)
Esta puso al de Mena en gran altura,
Y le movió su alma y su sentido
A cantar: «¡Ay dolor del dolorido!»

Y al Bachiller que llaman de la Torre
Esta esforzó la fuerza de su estilo;
Tanto, que dél la fama tira, y corre
Del Istro al Tajo, y del Tajo al Nilo.
E otro que agora á la memoria ocurre,
Que por amar perdió del seso el hilo,
Garcilaso se llama; esta le puso
En las finezas que de amor compuso.

Esta tambien al andaluz de Haro
Le levantó, sus versos levantando;
Y le hizo que al mundo fuese raro,
Sus tormentos de amor mortificando.

Y al de Vivero dió juicio claro,
Sus escritos moviendo y concertando,
Y haciéndole, de puro enamorado,
Comenzar: «Si no os hubiera mirado.»

Y á aquel que nuestro tiempo trujo ufano,
El nuestro Garcilaso de la Vega,
Esta virtud le dió con larga mano
El bien que casi á todo el mundo niega....

(b) Así resiste, aun cuando con flaco ánimo, el buen instinto de QUEVEDO la antigüedad que á este autor atribuía el conde de Añover.

Yo juzgué á vuestra excelencia, muy esclarecido Señor, para consuelo de tan grande ingenio, muy ingenioso y bien advertido lector para los méritos de sus obras. Doy á Francisco de la Torre lo más que pu-

de, y á vuestra excelencia lo mejor que hallé. Dé Dios á vuestra excelencia su gracia, y larga vida con buena salud, como deseo. — Don Francisco de Quevedo Villegas.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, CABALLERO DEL HABITO

DE SANTIAGO, Á LOS QUE LEERÁN. (a)

No he podido averiguar la patria de Francisco de la Torre, sintiendo mucho lo que esta ignorancia la quita de verdadera gloria. El era castellano, vivió antes de Boscan, como se lee en las estancias que imitó del Bembo (b):

En el umbroso y lúcido oriente,

cuando dice:

Y el Bachiller que llaman de la Torre;

donde admira la grandeza de su estilo, que fué talen aquella antigüedad, que se conoce en el propio Boscan y en algunas voces del excelentísimo poeta Garcilaso de la Vega, nunca bastantemente aclamado.

Y lo que más admira, y se puede contar por milagro del ingenio, que el corriente de los versos, la blandura, la facilidad no esté achacosa con algunas voces ancianas y que después ha desechado la lengua. Cosa de que aun en los que escribieron después de Boscan se repara, como frecuentemente en Fernando de Herrera, doctísimo y elegantísimo escritor, y que, como se (1) leerá en estas obras, tuvo por maestro y ejemplo á Francisco de la Torre, imitando su dición y tomando sus frasis y voces tan frecuente, que puedo excusar el señalarlas; pues quien los leyere verá que no son semejantes, sino uno.

Sea prenda para demostrar esta verdad, advertir que la más cuidadosa lima de Fernando de Herrera

(a) Sigue esta advertencia á la dedicatoria anterior, en el mismo libro.

(b) Contradice Manuel de Faria y Sousa en el comentario que compuso á las *Lusiadas*, con tales palabras: «De algunos fué imitado Camoens. Dellos don Alonso de Ercilla, en su segunda parte, que es verdaderamente la que le honra, y digna de un valiente espíritu poético. Francisco de la Torre; no el llamado Bachiller con este apellido en el *Cancionero general*, como con notable engaño se dejó creer don FRANCISCO DE QUEVEDO, pues consta que fué conocido de Lope de Vega; y quien tuviere conocimiento de los estilos de las edades, verá fácilmente, leyendo unas y otras obras, que las del Bachiller son de aquel tiempo, y las de Francisco de la Torre deste; portándose cada uno conforme al que le cupo en suerte. Lope de Vega es el grande, tercero en edad, que le ha imitado continuamente.»

Y al fin del argumento general del poema: «A todos venció el alto, dulce y feliz Garcilaso. Compite con él Francisco de la Torre que se le siguió, como consta de mejores diligencias que la de quien, con lastimosas omisión de la buena diligencia, le llama Bachiller de la Torre, que vivió en los tiempos de Garcilaso, siendo Francisco de la Torre, que vivió en los de don Alonso de Ercilla, sin bachillería, dejándose creer que se pudo hablar de aquel modo en tiempo de Garcilaso, que realmente era cosa bastante á extinguir las más recias cataratas.» (Tomo I, impresión de Madrid de 1639, dos años antes preparada, páginas 75 y 136.)

(1) lra

se conoce en la palabra *apena*, que es enmienda de la que comunmente se dice *apenas*. Así nuestro autor en el libro II, soneto 11, v. 3:

Se rige *apena* en pié.

No trato aquí si esta es voz culpable. También tomó el decir *mientras*, no *mientras*. Nuestro autor en la oda 3, del primer libro, estancia 13, v. 1:

Y mientras le permite sol dorado.

En el artículo femenino, que restituyó á esta voz *alma*, diciendo *la alma*. En la voz *corona* y *cercos*, que no solamente tomó Herrera, sino también la frecuente repetición dellas. Las voces *salve*, *ostro*, *aura*, *mustio*, *orna*, *cuidosa*, *desparciendo*, *perdimiento*, *despiadada*, *yerto invierno*, *conducir*, *cuitado*, *errando la selva*, y la y repetida en los epítetos. (2) *Solo*, y *callado*, y *triste*, y *pensativo*. *Relucientes llamas de oro*. *Mira Filis furiosa onda*. *De nieve*, y *ostro*, y *de cristal ornada*. *Esquivar*.

Y por no cansar, todas las palabras y dicciones, el estilo, la contextura, lo severo de la sentencia; cosa que no la dijera, á no creer que es tan grande y calificada recomendación del docto juicio de Fernando de Herrera en imitarlo, como del ingenio de Francisco de la Torre en haberlo enseñado primero. Mas con esta ventaja, que no le fué ejemplar á estas voces, que con algun ceño se leen en Fernando de Herrera, *ovosa*, *pensosa*, *pocion*, *crispar de ojos*, *relazar*, *sañosa*, *ensandee*, *ufanía*, *pavor*, *adola*, *espirtu* (síncopa, que no tiene otro misterio, sino que en el verso no cabe *espirtu*); como las voces *do* por *adonde*, y *vo* por *voy*, que si bien Francisco de Rioja dice se hizo con cuidado y exámen docto, consta de las obras no ser otra cosa, sino no haber en el verso la palabra *adonde*, y *voy*; porque muchas veces, y siempre donde cabe, dice *adonde*, y *voy*; y en las partes que no cabe dice *do*, y *vo*. No es menos desapacible la voz *porfoso desvario*; y de más sonora composición de letras usa, *trayo*, *cuíto*, *laza voz*, *dudanza*, *giro del fuego*, *con puro lampo*. Las unas voces son latinas todas, que escribiéndolas en sonetos amorosos, y á mujer, incurren en la reprehensión de Propertio:

(3) *Et came quod quævis nosse puella velit.*

Las otras son de composición áspera y poco necesarias, pues sustituyen voz decente y elegante.

(2) Soneto 17. *Solo*,

(3) *Scribe quod*

Advierto que el divino ingenio de Herrera sacó en su vida las rimas, que se leen en pequeño volumen, limpias de las más destas voces peregrinas que se leen en la impresion que despues se hizo por Francisco Pacheco, pintor docto y estudioso y de grande virtud, en mucho mayor volumen. Creo fué el intento darnos, de tan grave y erudito maestro, hasta lo que él desechó escrupuloso; que de tales ingenios, aun las manchas que ellos se quitan, pueden ser joyas para los que sabemos poco, y su sombra nos vale por dia.

Y sea corona del nombre de nuestro autor, y venerable tûmulo de su memoria el haber escrito en la primera hoja de sus obras estas palabras: *Delirabam cum hoc faciebam, et horret animus nunc*; «Con frenesí escribí esto, ahora se me escandaliza el ánimo.»

Sabe reconocida la sabiduría humilde, intitular con ceniza escritos de oro; como la soberbia mal persuadida, ignorante, retular con oro obras de ceniza.—
Don Francisco de Quevedo Villegas.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, CABALLERO DE LA ORDEN DE SANTIAGO. — Á LOS QUE LEYEREN ESTA COMEDIA. (a)

Esta comedia *Eufrosina*, que escrita en portugués, se lee sin nombre de autor, es tan elegante, tan docta, tan ejemplar, que hace lisonja la duda, que la atribuye á cualquier de los más doctos escritores de aquella nacion. Muestra igualmente el talento y la modestia del que la compuso; pues se calló tanta gloria, que hoy apenas la conjetura halla sugeto capaz á quien poder atribuirle.

Mañosamente debajo del nombre de comedia enseña á vivir bien, moral y políticamente, acreditando las virtudes y disfamando los vicios con tanto deleite como utilidad; entreteniendo igualmente al que reprende y al que alienta: extraña habilidad de pluma, que sabe sin escándalo ser apacible, y provechosa condicion, que deben tener estas composiciones. Así lo juzgó Séneca (*epist.* 115). Refiere que en una tragedia de Eurípides, Belerofonte, que era la persona que hablaba, dijo tales palabras: «Deja que me llamen maldito, como me llamen rico; pues todos preguntamos si uno es rico, no si es bueno. No preguntan por qué y de dónde, sino cuánta hacienda posee: en toda parte es cada uno tanto como tiene. Preguntas, ¿qué cosa nos está mal tener? Respondo que nada. Y quiero vivir rico; y si soy pobre, moriré: bien muere quien muriendo gana algo. Si en la cara de Venus resplandece cosa como la riqueza y el oro, con razon enamora á los hombres y á los dioses.» En acabando de pronunciar estas palabras postreras, todo el pueblo se levantó con ímpetu á apedrear al representante y á los versos; hasta que Eurípides mismo se levantó entre todos, pidiendo que aguardasen á ver qué fin tenia en la trage-

(a) La *Eufrosina*, vertida de lengua portuguesa en castellana por el capitán don Fernando de Ballesteros y Saavedra, impresa en 1631, pero corriente para la estampa desde el año anterior. Ballesteros escribía con elegancia, naturalidad y soltura, sin inflexion de culterano; y pueden verse noticias suyas, más adelante, en el *Epistolario* al fin del año 1642.

Tiènese con harto fundamento por autor de la comedia *Eufrosina* á Jorge Ferreyra de Vasconcelos, aun cuando el padre Reis no haga mencion de ella. Por vez primera salió de molde en Lisboa, año 1566; y despues, en el de 1616, corregida y enmendada por Francisco Ruiz Lobo, pero los ejemplares de 1566 están prohibidos.

dia este idólatra del oro. Oyéronle, y Belerofonte en la fábula tenia el castigo que merecia su insolencia.»

Hasta aquí son palabras de Séneca, que aprobando la buena composicion y ejemplar de Eurípides, previno desde entonces aplauso y alabanza á nuestra *Eufrosina*, donde están distribuidas las ruinas y las afrentas sobre los vicios, y los premios sobre las virtudes y méritos. No quede sin alabanza aquel vulgo que se amotinó en el teatro contra la insolencia de las palabras, cuando no se lee de los jueces y magistrados algun enojo.

Con grande gloria de la virtud y buen ejemplo, se han escrito en España con nombre de comedias (fuera de las fábulas), historias y vidas, que á la virtud y al valor enseñan y mueven con mas fuerza que otra alguna cosa; como se ve con admiracion en las de Lope de Vega Carpio, tan dignas de alabanza en el estilo y dulzura, afectos y sentencia, como de espanto por el número demasiado para un siglo de ingenios, cuanto más para uno solo. A quien en esto siguen dichosamente muchos que hoy escriben este entretenimiento decente á soberanas ocupaciones; que el ocio de los reyes tiene estatutos de majestad, y no debe admitir alivio que no sea calificado.

Por esto tiene lugar en los oidos de los príncipes este de las comedias, á quien han dado su atencion, contra la prolijidad de los cuidados, los mas y mejores monarcas del mundo; sin que á esto ofenda lo que algunos malician para reprobar los ingenios que dichosamente se ocupan en esta composicion; ni el entretenimiento que ofrece, gustoso, docto, ejemplar y limosnero, por el socorro frecuente con que alimenta los espíritus.

Pocas comedias hay en prosa de nuestra lengua, si bien lo fueron todas las de Lope de Rueda; mas para leidas tenemos la *Selvaga*, y con superior estimacion la *Celestina*, que tanto aplauso ha tenido en todas las naciones. En portugués hay una de Camoens, dos del doctísimo Corte Real, y esta *Eufrosina*, de que carecíamos; porque su original, no cercenado por Lobo, es difícil por los idiotismos de la lengua y los prover-

bios antiguos, y que ya son remotos á la habla moderna.

Don Fernando de Ballesteros y Saavedra con suma diligencia le ha traducido; de suerte, que hablando castellano, nó deja de ser portugués; ni deja de verse

como nació, donde empieza ahora á vivir. Merece don Fernando grande alabanza en haber hecho que tenga Castilla parte en obra tan grande y digna de encarecida estimacion.—
Don Francisco de Quevedo Villegas.

NOTICIA, JUICIO Y RECOMENDACION DE LA UTOPIA, Y DE TOMAS MORO.

— DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, CABALLERO DEL HÁBITO DE SAN JACOBO, SEÑOR DE LAS VILLAS DE CETINA Y LA TORRE JUAN ABAD. (a)

La vida mortal de Tomás Moro escribió en nuestra habla Fernando de Herrera, varon docto y de juicio severo; su segunda vida escribió con su sangre su muerte, coronada de victorioso martirio. Fué su ingenio admirable, su erudicion rara, su constancia santa, su vida ejemplar, su muerte gloriosa, docto en la lengua latina y griega. Celebráronle en su tiempo Erasmo de Roteradamo y Guillelmo Budeo, como se lee en dos cartas suyas, impresas en el texto desta obra. Llamóla *Utopia*, voz griega, cuyo significado es *no hay tal lugar*. Vivió en tiempo y reino que le fué forzoso para reprender el gobierno que padecia, fingir el conueniente.

Yo me persuado que fabricó aquella política contra la tiranía de Inglaterra, y por eso hizo isla su idea, y juntamente reprehendió los desórdenes de los más príncipes de su edad. Fuérame fácil verificar esta opinion; empero no es difícil que quien leyere este libro la verifique con esta advertencia mia: quien dice que se ha de hacer lo que nadie hace, á todos los reprende; esto hizo por satisfacer su celo nuestro autor. Hurto son de cláusulas de la *Utopia* los más repúblicos *Raguallos* del Bocalino; precioso caudal es el que obligó á que fuese ladrón á tan grande autor.

No han faltado lectores de buen seso, que han leído

(a) Don Jerónimo Antonio de Medinilla y Porres, madrileño, caballero de la orden de Santiago, caballero del rey Felipe IV, señor de las villas de Bocos, Rozas y Remolino, corregidor y justicia mayor de la ciudad de Córdoba y su tierra, y antes gobernador de Murcia, Montiel y su partido, tradujo aquella obra del infortunado gran canceller de Inglaterra, sacándola en Córdoba á luz, hecha española, año de 1637.

Dejó sin publicar un libro intitulado *El método de la historia de Juan Bodino*; y murió en la década de 1630 á 60.

Repárese que en este encabezamiento QUEVEDO se intitula señor de Cetina, á pesar de estar á la sazón viudo desde tres años antes.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, — AL QUE LEYERE ESTE LIBRO. (b)

Los que enseñan el arte nobilísimo de la caza y montería, no solo disponen los espíritus generosos á ejer-

cicio honesto y saludable, sino tambien al uso militar; de tal suerte, que los que pasan de la fatiga de los bos-

(b) El *Arte de ballestería y montería*, de Alonso Martínez de Espinar, que daba el arcabuz al rey don Felipe IV; ayuda de cámara del príncipe Don Baltasar Carlos Felipe de Austria, y luego del Monarca.

Imprimióse el libro en 1644, y le elogió y aprobó QUEVEDO por noviembre del año precedente, cinco meses despues de su vuelta de las crueles prisiones de San Marcos de Leon.